



“Te enseñó para tu bien”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 48,17-19:

Así dice el Señor, tu redentor, el Santo de Israel: «Yo, el Señor, tu Dios, te enseñó para tu bien, te guío por el camino que sigues. Si hubieras atendido a mis mandatos, sería tu paz como un río, tu justicia como las olas del mar; tu progenie sería como arena, como sus granos, los vástagos de tus entrañas; tu nombre no sería aniquilado ni destruido ante mí.»

Salmo

Sal 1,1-2.3.4.6 R/. El que te sigue, Señor, tendrá la luz de la vida

Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche. R/.

Será como un árbol plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin. R/.

No así los impíos, no así;
serán paja que arrebató el viento.
Porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 11,16-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: «¿A quién se parece esta generación? Se parece a los niños sentados en la plaza, que gritan a otros: "Hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; hemos cantado lamentaciones, y no habéis llorado." Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: "Tiene un demonio." Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores." Pero los hechos dan razón a la sabiduría de Dios.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Te enseñó para tu bien”

En este breve texto del Segundo Isaías, el Señor nos lanza una invitación a la escucha. Todo el capítulo 48 de Isaías, nos está recordando dos cosas: por un lado, que el pueblo de Israel está sufriendo por su propio pecado; sin embargo, -y ésta es la segunda parte-, Dios anuncia algo nuevo, el castigo se acaba y se anuncia la salvación. Como dos melodías distintas que se van entrecruzando, resaltan estas dos realidades: infidelidad del pueblo contrapuesta a la eterna fidelidad de Dios.

La falta de escucha a la Palabra llevó al pueblo al destierro. No tomó la Palabra de Dios en serio, como palabra sagrada que crea lo que expresa, que es sacramental.

Esta invitación a la escucha, en el camino del Adviento que vamos recorriendo, exige de nosotros:

1. Vigilancia: estar atentos y despiertos a las verdaderas palabras de Dios.
2. Recogimiento: “la Palabra de Dios hace a Dios presente, no sólo personal e íntimamente, sino también como una presencia que nos asigna un lugar en la gran historia de la salvación” (Henri Nouwen). No podemos vivir esta presencia dispersos y de manera superficial.
3. Disponibilidad: Dios desea transformarnos, desea que su voluntad se cumpla en nosotros, y para eso hay que estar disponibles y dispuestos.

“¿A qué comparó?”

¿A que comparare?

El Evangelio de hoy pertenece a un texto más amplio donde Jesús mismo da testimonio sobre Juan el Bautista, defendiendo su ministerio ante la muchedumbre. Para ello, en lugar de usar una parábola, Jesús utiliza el recurso a un juego infantil de su época, y compara a los judíos con esos niños caprichosos y aguafiestas que no quieren jugar a nada. Sus amigos les ofrecen varias posibilidades de juego, pero ellos, tozudos y desinteresados, las rechazan todas.

Se nos reitera de esta forma la invitación de la 1ª Lectura a escuchar, a salir al encuentro del Señor que viene, y salir con las lámparas encendidas, como dice la oración colecta de hoy. Para acoger la hora desconocida de Dios, hay que estar atentos a los signos de los tiempos, hay que estar vigilantes, aguardando. Y hay que acoger a Dios tal y como Él quiera revelarse.

Los contemporáneos de Jesús no aceptaron el testimonio de Juan, su llamada a la penitencia, pero tampoco aceptaron el de Jesús, con su invitación a la misericordia, la bondad y el gozo del Evangelio. Fueron por tanto unos necios para las cosas de Dios, y rechazaron las repetidas llamadas de Dios a lo largo de la historia de la salvación.

¿En qué actitud estoy viviendo el Adviento?

¿Estoy dispuesto a renunciar a mis criterios?

¿Me resisto a la llamada a la conversión con excusas que sólo son disimulos de mi desinterés?

Reconocer la hora de Dios, el tiempo oportuno (kairos), es un signo de la sabiduría que viene de Él.



MM. Dominicas
Monasterio de Sta. Ana (Murcia)